

su palacio al campamento, en que perdió con toda su libertad todo su honor. Aunque bajaba de su alta sede con aparatosa majestad, ningún diputado cayó en la red, y todos se llamaron á engaño. Mas había uno singularmente comprometido en aquel trance, Meillán, por haber aconsejado á la Gironda el suicida recurso á la proscripción voluntaria y al re-  
 traimiento definitivo; y así, empujado por este móvil de sus escuchados consejos, en pie se puso al lado de Sechelles, é hizo un signo al Centro imperiosísimo porque les acompañase y siguiese. Les acompañó y siguió el Centro. Pero no los acompañó y siguió la Montaña; noble actitud impuesta primero por el temor á que resultase tamaña humillación inútil, después por el grito de las tribunas empeñadas en la existencia de una conjuración urdida para degollar diputados, y recelosa de que los suyos cayeran en la trampa y desapareciesen del mundo. Este recelo, manifestado á voces, en vez de amedrentar á los valientes, alentó á los miedosos. Con excepción del grupo Robespierre y del grupo Marat, se fueron todos los montañeses con el Centro, componiendo una procesión de cien diputados, impulsada por Meillán y presidida por Sechelles. Las bocas de los cañones se abrían por todas partes; retemblaba el pavimento y crujía bajo la inmensa pesadumbre de los arzones; ochenta mil bayonetas centelleaban en torno del asediado Congreso; los voluntarios de la república fraternizaban á una con los soldados de línea; por estos lados se venían inmensos montones de metralla, como si fuese á comenzarse un perdurable combate, y por otros lados, en centenares de hornillos se fundían montones de balas, como si amenazase una eterna campaña; el estipendio aumentaba el furor; las distribuciones de dinero hacían la codicia cómplice de la rebelión dando á ésta semblante ó aspecto de negocio; y lo personificaba, lo dirigía, lo mandaba todo un Henriot, esbirro que fuera en los tiempos del absolutismo comediante ó polichinela de farsas, viejo arlequín cargado de cascabeles y de puñales, charlatán á lo sacamuelas y á lo mercader de menjunjes; usurpador de insignias y de uniformes que no le tocaba llevar; fácil en malbaratar su deshonrado nombre y en trastocar su estado civil como en las ferias y en los carnavales cambiaba de disfraces; excitado y sobreexcitado por el aguardiente, cuyos efluvios le llenaban de locuras la cabeza vacía de ideas; coronado por un pompón multicolor como cola de pavo real y caballero sobre un caballo brioso; condottiero vil del motín y guía del pueblo descarriado en aquel momento terrible de ruina y deshonra.

Un hombre así, perverso de naturaleza, perdido de costumbres; oliendo á calabozo; borracho siempre por lo cual trastrocaba todas las órdenes y decía toda clase de mentiras; á la cabeza de ochenta mil hombres; con oro abundantísimo á mano para poder untar las ruedas de su carro triunfal; con ciento cincuenta bocas de fuego á su lado; enloqueciéndose al eco de las blasfemias y de los insultos que proferían los demagogos circunstantes, resultaba tan peligroso á sus amigos como á sus enemigos y amenazaba con sus desvaríos á toda la Convención. De mal talante se hallaba Henriot aquel día; para dar una orden, dió

la contraria; por decir una frase dijo la frase con ella contradictoria; pues lo mismo le daba disentir que asentir. En su desvarío crónico cuando le tocaba decir que sí, decía que no, y cuando le tocaba decir que no, decía que sí. A un orador enviado por las secciones, insultóle, y después de haberlo insultado, echóle su caballo encima. De tal talante se hallaba cuando á él se dirigía la Convención. Y en tal talante nada más fácil que un desaguisado parecido á un crimen. Los convencionales llegaron á la presencia de Henriot, y al llegar pudieron convencerse de que no estaban unidas ni siquiera todas aquellas fuerzas militares que la circuían y asediaban. «¡Viva la Montaña!» decían unos, los más avanzados; y «¡viva la Convención!» decían otros, los más conservadores. El presidente, ó sea Sechelles, quedóse un momento como inmóvil sin acertar ni con lo que debía decir ni con lo que hacer debía. El general también se petrificó. No parecían dos personas vivas, parecían dos maniqués mecánicos. Al cabo salió de aquella situación el presidente preguntando con aire muy sumiso, qué deseaba el pueblo, pues la Convención tenía un propósito incontrastable de favorecerlo y de servirlo. Henriot, más borracho que nunca, en aquella circunstancia, se irguió con vanidad pueril sobre sus estribos y dijo á Sechelles: «Herault, el pueblo no se ha levantado á oír discursos, sino á dar órdenes. Necesita, pues, treinta y cuatro víctimas.» Al oír esta cruel barbaridad, los diputados respondieron, «si deseáis víctimas, lo seremos todos.» Henriot, fuera de sí mismo, hizo caracolear su caballo como si estuviera en un circo, y agitando sus cintas multicolores con sus pompones de papagayo, gritó: «á mí, cañoneros.» Todo aquello transcendía de suyo á feriante farsa, no á maniobra política. Trescientos hombres de armas miran fríos cómo les apuntan seis cañones cargados hasta la boca. Dos docenas de pilluelos dando saltos cual si fueran monos sueltos, vociferan blasfemias demagógicas. Por lo bajo relampaguean los sables recién desenvainados; por lo alto las bayonetas recién caladas. Pero ninguno de los pertenecientes á las tropas regulares quería desacatar al Congreso republicano. Con un poco de presencia en el ánimo, que hubiera tenido Sechelles, entra en las filas de aquel ejército improvisado y lo vuelve contra su perdido general. ¡Lástima grande que á tal hora imitase Dantón á los girondinos en perplejidad é incertidumbre! Con sólo mover la incierta voluntad del presidente lo cambia todo y toma la dirección de aquella crisis en sus manos. Mas ora fuese porque no viera fácil remedio á los daños de la República; ora fuese porque no confiase tampoco en su personal victoria; ora fuese por otras razones menos visibles y más recónditas; al hombre de las resoluciones le faltó una resolución suprema en este crítico momento. La Historia lo ha castigado bien, atribuyéndole una doblez digna de Robespierre, atribuyéndole haber perdido la cabeza del perverso Henriot y después haberse arrastrado á sus plantas. La confusión era tan grande que los milicianos ignoraban si debían ó no amparar á los diputados, y los diputados ignoraban si debían ponerse voluntariamente ó no bajo la protección de aquella tumultuada milicia. Lo cierto es, que unos entre los armados obedecían



á Henriot y otros lo desobedecían; que unos respetaban la Convención y otros querían violarla; que unos trataban de servir á los diputados y otros de matarlos; que nadie se hallaba en su puesto bien, y sobre todos, víctimas y verdugos, caía con abrumadora pesadumbre la irreparable catástrofe.

Marat, no por más criminal, por más resuelto, lo dominó todo. El hizo entrar los diputados en la Convención; él hizo resolver las proscripciones tan resistidas, y trazó las listas de los condenados á proscriptos, quitando y poniendo nombres según su guisa y gusto; él añadió para que se les enviase al matadero, los diputados componentes de la comisión de los Doce, los ministros Claviere y Lebrun, amén de veintidós girondinos. Mientras tanto, hablaban casi á un tiempo los diputados y decían especies ó frases entre sí bien opuestas y contradictorias. «Ahora, exclamaba Cuthon, deben los representantes hallarse ya enterados de su completa seguridad. Han ido hacia el pueblo, y por todas partes bueno, sensible, generoso, lo han encontrado. No pido ya decretos de acusación; pido que sean arrestados en sus correspondientes propios hogares los veintidós girondinos.» La derecha pedía que se votasen, y que se votasen por llamamientos nominales, todas aquellas proposiciones incongruentísimas. «No hagáis tal, exclamaban los de la izquierda; provocáis una desgracia sobre las frentes de vuestros amigos.» «Encerrados en sus casas no han de pasarlo mal.» Muchos creían de buena fe impedir con un decreto de arresto doméstico una temida degollación general. «Si votamos, exclamaba la derecha, siquier sea el arresto doméstico, traicionaremos nuestros deberes y violaremos nuestra propia inviolabilidad, malhiriendo la de nuestros camaradas. No votemos.» Y el Congreso, comprendiendo cuán difícil cosa es dar á las medidas violentas un aspecto engañoso de medidas legales, no votó, para dejar á la fatalidad y al destino, sobre todos imperante por infernal imperio, su acción y sus decretos. La Montaña quiso votar, y votó, pero en una votación ridícula; porque, al par de ella, votaban los irruptores venidos de las calles y los demagogos concurrentes á las tribunas. Leído el decreto, multitud de diputados se acercan al secretario pidiéndole consigne sus nombres con protestas contra la violencia empleada y el acuerdo tomado, derogatorios de los derechos y facultades convencionales. El secretario vió dibujarse la figura de Robespierre, sonriéndose con sonrisa propia del demonio, y prudente, puso las protestas, no en el acta de la sesión, en un papel aparte. Robespierre cosechó en fuerza é influjo todo cuanto sembraran los girondinos y los dantonistas con sus innumerables errores; y al coger el gran hipócrita la dictadura y desempeñar el gobierno, el papel donde constaban las protestas fué quemado, con grande contento de los vencidos porque los libertaron de un daño cierto, y con mayor contento del vencedor, porque lo limpiaron de una mancha indeleble. Eran las diez de la noche, Herault de Sechelles acababa de recurrir á la fuga por no presidir y autorizar el atentado. Mallarmé presidía. La Montaña, conseguido su objeto, se disolvió por sí misma y se fué á la calle. Feliz ella que pudo salir. No

pudieron otro tanto los diputados de la derecha. Yéndose por las puertas próximas á sus bancos, no las encontraron francas. Los rechazados se dirigieron á la presidencia, y la presidencia les dijo carecer de medios para ocurrir al mal. Un portero reveló el cautiverio de la Convención, diciendo que se había impedido la salida por una orden del Ayuntamiento. Para suspender ó revocar esta orden fué preciso al Ayuntamiento acudir. Este la revocó, demostrando que la Convención era su presa y los convencionales sus cautivos. Los ineptos, capaces de llevar á cabo la triste revolución material, envaneciéronse de su ineptitud y ostentaron á voces su triunfo; volvieron los ochenta mil hombres como si volvieran de una parada; cantaron los clubs demagógicos hosannas de triunfo, como si estuvieran ya en el gobierno; aumentó la borrachera crónica de vino que padecía Henriot y la borrachera crónica de sangre que padecía Marat; pudo Robespierre vislumbrar desde su retiro la omnipotente dictadura que debía hoy exaltarle para perderlo al día siguiente; pero la Convención nacional quedó deshonrada, y perdida la democracia francesa.